



CANTO XXV

Asientan los españoles su campo en Millarapué; llega á desafiarnos un indio de parte de Caupolicán; vienen á la batalla muy reñida y sangrienta; señálanse Tucapel y Rengo; cuéntase también el valor que los españoles mostraron aquel día.

Cosa es digna de ser considerada,
Y no pasar por ella fácilmente,
Que gente tan ignota y desviada
De la frecuencia y trato de otra gente,
De inavergables golfos rodeada,
Alcance lo que así difícilmente
Alcanzaron por curso de la guerra
Los mas famosos hombres de la tierra.

Dejen de encarecer los escritores
A los que el arte militar hallaron,
Ni mas celebren ya los inventores
Que el duro acero y el metal forjaron:
Pues los últimos indios moradores
Del araucano estado así alcanzaron
El orden de la guerra y disciplina,
Que podemos tomar dellos dotrina.

¿Quién los mostró á formar los escuadrones,
Representar en orden la batalla,
Levantar caballeros y bastiones,
Hacer defensas, fosos y murallas,
Trincheas, nuevos reparos, invenciones,
Y cuanto en uso militar se halla?
Que todo es un bastante y claro indicio
Del valor desta gente y ejercicio.

Y sobre todo, debe ser loado
El silencio en la guerra y obediencia,
Que nunca fué secreto revelado
Por dádiva, amenaza ni violencia,
Como ya en lo que dellos he contado
Vemos abiertamente la esperiencia;
Pues por mañas jamás ni por espías
Dellos tuvimos nueva en tantos dias.

Aunque en los pueblos comarcanos fueron
Presas de sobresalto muchas gentes,
Que al rigor del tormento resistieron
Con gran constancia y firmes continentes:
Tanto que muchas veces nos hicieron
Andar en los discursos diferentes,
Que pudiera causar notable daño
Creciendo su cautela y nuestro engaño.

Pero, como ya dije arriba, estando
Apenas nuestro ejército alojado,
Vino un gallardo mozo preguntando
Dó estaba el capitán aposentado,
Y á su presencia el bárbaro llegando
Con tono sin respeto levantado,
Habiéndose juntado mucha gente,
Soltó la voz diciendo libremente:

«¡Oh capitán cristiano! si ambicioso
Eres de honor con título adquirido,
Al oportuno tiempo venturoso
Tu próspera fortuna te ha traído
Que el gran Caupolicano deseoso
De probar tu valor encarecido,
Si tal virtud y esfuerzo en tí se halla,
Pide de solo á solo la batalla.»

»Que siendo de personas informado,
Que eres mancebo noble floreciente,
En la arte militar ejercitado,
Capitán y cabeza desta gente;
Dándote por ventaja de su grado
La elección de las armas francamente,
Sin escepcion de condicion alguna,
Quiere probar tu fuerza y su fortuna.

»Y así por entender que muestras gana
De encontrar el ejército araucano,
Te avisa que al romper de la mañana
Se vendrá á presentar en este llano:
Do con firmeza de ambas partes llana
En medio de los campos mano á mano,
Si quieres combatir sobre este hecho
Remitirá á las armas el derecho.

» Con pacto y condicion que si vencieres
Someterá la tierra á tu obediencia,
Y dél podrás hacer lo que quisieres
Sin usar de respeto ni clemencia;
Y cuando tú por él vencido fueres
Libre te dejará en tu preeminencia,
Que no quiere otro premio ni otra gloria
Sino solo el honor de la vitoria.

» Mira que solo en que esta voz se estienda
Consigues nombre y fama de valiente,
Y en cuanto el claro sol sus rayos tienda
Durará tu memoria entre la gente;
Pues al fin se dirá que por contienda
Entraste valerosa y dignamente
En campo con el gran Caupolicano,
Persona por persona y mano á mano.

» Esto es á lo que vengo; y así pido
Te resuelvas en breve á tu albedrío,
Si quieres por el término ofrecido
Rehusar ó acetar el desafío;
Que aunque el peligro es grande y conocido
De tu altiveza y ánimo confío,
Que al fin satisfarás con osadía
A tu estimado honor y al que me envía.»

Don García le responde: «Soy contento
De acetar el combate, y le aseguro
Que al plazo puesto y señalado asiento
Podrá á su voluntad venir seguro.»
El indio que escuchando estaba atento,
Muy alegre le dijo: «Yo te juro
Que esta osada respuesta eternamente
Te dejará famoso entre la gente.»

Con esto sin pasar mas adelante
Las espaldas volvió y tomó la via,
Mostrando por su término arrogante
En la poca opinion que nos tenia.
Algunos hubo allí que en el semblante
Juzgaron ser mañosa y doble espía,
Que iba á reconocer con este intento
La gente y pertrechado alojamiento.

Venida pues la noche, los soldados
En orden de batalla nes pusimos,
Y á las derechas picas arrimados
Contando las estrellas estuvimos,
Del sueño y graves armas fatigados,
Aunque crédito entero nunca dimos
Al indio, por pensar que solo vino
A tomar lengua y descubrir camino.

Ya la espaciosa noche declinando
Trastornaba al ocaso sus estrellas,
Y la aurora al oriente despuntando
Deslustraba la luz de todas ellas,
Las flores con su fresco humor rociando,
Restituyendo en su color aquellas
Que la tiniebla lóbrega importuna
Las habia reducido á solo una:

Cuando con alto y súbito alarido
Apareció por uno y otro lado
En tres distintas partes dividido
El ejército bárbaro ordenado,
Cada escuadron de gente muy fornido,
Que con gran muestra y paso apresurado
Iban en igual orden como cuento
Cercando nuestro estrecho alojamiento.

La gente de caballo aparejada
Sobre las riendas la enemiga espera;
Mas antes que llegase anticipada
Se arroja por una áspera ladera,
Y al escuadron siniestro encaminaba
Le acomete furiosa, de manera
Que un terraplano y muro poderoso
No resistiera el impetu furioso.

Pero Caupolicán que gobernando
Iba aquel escuadron algo adelante,
El paso hasta su gente retirando
Hizo calar las picas á un instante,
Donde los piés y brazos afirmando
En las agudas puntas de diamante
Reciben el furor y encuentro extraño,
Haciendo en los primeros mucho daño.

Unos sin alas con lijero vuelo
Desocupan atónitos las sillas;
Otros vueltas las plantas acia el cielo
Imprimen en la tierra las costillas;
Y los que no probaron allí el suelo
Por apretar mas recio las rodillas,
Aunque mas se mostraron esforzados
Quedaron del encuentro maltratados.

De sus golpes los nuestros no faltaron,
Que todos sin errar fueron derechos:
Cuáles de banda á banda atravesaron,
Cuáles atropellaron con los pechos.
Todos en un instante se mezclaron
Viniendo á las espadas mas estrechos
Con tal priesa y rumor, que parecia
La espantosa vulcánea herrería.

El bravo general Caupolicano,
Rota la pica, de la maza afierra,
Y á la derecha y á la izquierda mano
Hiere, destroza, mata y hecha á tierra:
Hallándose muy junto á Berzocano,
Los dientes y el furioso puño cierra,
Descargándole encima tul puñada
Que le abolló en los cascos la celada.

Tras este, otro derriba y otro mata,
Que fué por su desdicha el mas vecino:
Abre, destroza, rompe y desbarata,
Haciendo llano el áspero camino;
Y al yanacona Tambo así arrebata,
Que como halcon al pollo ó palomino,
Sin poderle valer los mas cercanos,
Le ahoga y despedaza entre las manos.

Bernal y Leucoton, que deseando
Andaban de encontrarse en esta danza,
Se acometen furiosos descargando
Los brazos con igual ira y pujanza;
Y las altas cabezas inclinando
A su pesar usaron de crianza,
Hincando á un tiempo entrambos las rodillas
Con un batir de dientes y ternillas.

Mas cada cual de presto se endereza,
Comenzando un combate fiero, crudo
Ya tiran á los piés, ya á la cabeza,
Ya abollan la celada, ya el escudo.
Así pues anduvieron una pieza,
Mas pasar adelante esto no pudo,
Que un gran tropel de gentes que embistieron
Por fuerza á su pesar los despartieron.

Don Miguel y don Pedro de Avendaño,
Rodrigo de Quiroga, Aguirre, Aranda,
Cortés y Juan Jufre con riesgo estraño
Sustentan todo el peso de su banda.
También hacen efecto y mucho daño
Reinoso, Peña, Córdoba, Miranda,
Monguía, Lasarte, Castañeda, Ulloa,
Martin Ruiz y Juan Lopez de Gamboa.

Pues don Luis de Toledo, peleando
Carranza, Aguayo, Zúñiga y Castillo
Resisten al furor del indio bando
Con Diego Cano, Perez y Ronquillo.
Los primos Alvarados Juan y Hernando,
Pedro de Olmos, Paredes y Carrillo
Derriban á sus piés gallardamente,
Aunque á costa de sangre, mucha gente.

El escuadron de enmedio viendo asida
Por el cuerno derecho la contienda,
Acelerando el tiempo y la corrida
Acude á socorrer la furia horrenda;
Mas nuestra gente en tercios repartida
Le sale á recibir á toda rienda,
Y del terrible estruendo y fiero encuentro,
La tierra se apretó contra su centro.

Hubo muchas caidas señaladas,
Grandes golpes de mazas y picazos;
Lanzas, gorguñes y armas enastadas
Volaron hasta el cielo en mil pedazos:
Vienen en un momento á las espadas,
Y aun otros mas coléricos á brazos,
Dándose con las dagas y puñales
Heridas penetrables y mortales.

El fiero Tucapel, habiendo hecho
Su encuentro en lleno y muerto un buen soldado,
Poco del diestro golpe satisfecho
Le arrebató un estoque acicalado,
Con el cual barrenó á Guillermo el pecho,
Y de un revés y tajo arrebatado
Arrojó dos cabezas con celadas
Muy lejos de sus troncos apartadas.

Mata de un golpe á Torbo fácilmente,
Y dió á Juan de Inarauna tal herida,
Que la armada cabeza por la frente
Cayó sobre los hombros dividida:
Tira una punta, y á Picol valiente
Le echó fuera las tripas y la vida;
Pero en esta sazon inadvertido
De mas de diez espadas fué herido.

Carga sobre él la gente forastera
Al rumor del estrago que sonaba,
Y cercándole en torno como fiera
En confuso monton le fatigaba;
Mas él con gran desprecio de manera
El esforzado brazo rodeaba,
Que á muchos con castigo y escarmiento
Les reprimió el furor y atrevimiento.

Tanto en mas ira y mas furor se enciende
Cuanto el trabajo y el peligro crece,
Que allí la gloria y el honor pretende
Donde mayor dificultad se ofrece;
Lo mas dudoso y de mas riesgo emprende,
Y poco lo posible le parece:
Que el pecho grande y ánimo invencible
Le allana y facilita lo imposible.

El último escuadron y mas copioso
Su derrota y designio prosiguiendo,
Con paso aunque ordenado presuroso,
Por la tendida loma iba subiendo;
Y en el dispuesto llano y espacioso
Nuestro escuadron del todo descubriendo,
Se detuvo algun tanto astutamente
Reconociendo el sitio y nuestra gente.

Delante desta escuadra pues venia
El mozo Galvarino sarjenteando,
Que sus troncados brazos descubria
Las llagas aun sangrientas amostrando:
De un canto al otro apriesa discurría
El daño general representando,
Encendiendo en furor los corazones
Con muestras eficaces y razones,

Diciendo: «O valentísimos soldados,
Tan dignos deste nombre, en cuya mano
Hoy la fortuna y favorables hados
Han puesto el ser y crédito araucano:
Estad de la victoria confiados,
Que ese tumulto y aparato vano
Es todo el remanente y son las heces
De los que habeis vencido tantas veces.

» Y esta postrer batalla fenecida
De vosotros así tan deseada,
No queda cosa ya que nos impida,
Ni lanza enhiesta, ni contraria espada.
Mirad la muerte infame ó triste vida
Que está para el vencido aparejada,
Los ásperos tormentos escesivos
Que el vencedor promete hoy á los vivos.

» Que si en esta batalla sois vencidos
La ley perece y libertad se atierra,
Quedando al duro yugo sometidos
Inhábiles del uso de la guerra:
Pues con las brutas bestias siempre unidos
Habeis de arar y cultivar la tierra,
Haciendo los oficios mas serviles
Y bajos ejercicios mujeriles.

» Tened, varones, siempre en la memoria,
Que la deshonor eternamente dura,
Y que perpetuamente esta vitoria
Todas vuestras hazañas asegura;
Considerad, soldados, pues la gloria
Que os tiene aparejada la ventura,
Y el gran premio y honor que, como digo,
Un tan breve trabajo trae consigo.

» Que aquel que se mostrare buen soldado
Tendrá en su mano ser lo que quisiere:
Que todo lo que habemos deseado
La fortuna con ello hoy nos requiere.
También piense que queda condenado
Por rebelde y traidor quien no venciere:
Que no hay vencido justo y sin castigo
Quedando por jüez el enemigo.»

De tal manera el bárbaro valiente
Despertaba la ira y la esperanza,
Que el escuadron apenas obediente
Podía sufrir el orden y tardanza;
Mas ya que la señal última siente,
Con gran resolución y confianza
Derribando las picas bien cerrado
Irse dejó de su furor llevado.

En el exento y pedregoso llano,
Que mas de un tiro de arco se estendia,
Nuestro escuadron á un tiempo mano á mano
Asimismo al encuentro le salia:
Donde con muestra y término inhumano
Y el gran furor que cada cual traía
Se embisten los airados escuadrones,
Cayendo cuerpos muertos á montones.

No duraron las picas mucho enteras,
Que en rajadas por los aires discurrieron;
Las estendidas mangas y hileras
De golpe unas con otras se rompieron;
Hubo muertes allí de mil maneras,
Que muchos sin heridas perecieron
Del polvo y de las armas ahogados,
Otros de encuentros fuertes estrellados.

Trábase entre ellos un combate horrendo
Con hervorosa priesa y rabia estraña,
Todos en un teson igual poniendo
La estrema industria, la pujanza y maña.
Sube á los cielos el furioso estruendo,
Retumba en torno toda la campaña,
Cubriendo los lugares descubiertos
La espesa lluvia de los cuerpos muertos.

Hierve el coraje, crece la contienda,
Y el batir sin cesar siempre mas fuerte;
No hay malla y pasta fina que defienda
La entrada y paso á la furiosa muerte,
Que con irreparable furia horrenda
Todo ya en su figura lo convierte,
Naciendo del mortal y fiero estrago
De espesa y negra sangre un ancho lago.

Rengo orgulloso, que al siniestro lado
Iba siempre avivando la pelea,
De la roedora afrenta estimulado
Que en Mataquito recibió de Andrea,
El ronco tono y brazo levantado
Discurre todo el campo y lo rodea
Acá y allá por una y otra mano
Llamando el enemigo nombre en vano.

Andrea pues, asimismo procurando
Fenecer la cuestion, le deseaba;
Mas lo que el uno y otro iba buscando
La dicha de los dos los desviaba:
Que el italiano mozo peleando
En el otro escuadron distante andaba
Haciendo por su estraña fuerza cosas,
Que aunque lícitas eran lastimosas.

Mata de un golpe á Trulo, y endereza
La dura punta, y á Pinol barrena,
Y sin brazo á Teguán una gran pieza
Le arroja dando vueltas por la arena;
Lleva de un golpe á Changle la cabeza,
Y por medio del cuerpo á Pon cercena;
Hiende á Narpo hasta el pecho, y á Brancolo
Como grulla le deja en un pié solo.

Veis pues aquí Orompello, el cual haciendo
Venía por esta parte mortal guerra,
Que al gran tumulto y voces acudiendo
Vió cubierta de muertos la ancha tierra;
Y al jinovés gallardo conociendo
Como cebado tigre con él cierra,
Alta la maza y encendido el gesto,
Sobre las puntas de los piés enhiesto.

Fué de la maza el jinovés cogido
En el alto creston de la celada,
Que todo lo abolló y quedó sumido
Sobre la estofa de algodón colchada:
Estuvo el italiano adormecido,
Vomita sangre, la color mudada,
Y vió dando de manos por el suelo
Vislumbres y relámpagos del cielo.

Redobla otro el gallardo mozo luego
Con mas furor y menos bien guiado,
Que á no ser á soslayo, el fiero juego
Del todo entre los dos fuera acabado;
El jinovés desatinado y ciego
Fué un poco de través; mas recobrado,
Se puso en pié con priesa no pensada
Levantando á dos manos la ancha espada.

Y con la extrema rabia y fuerza rara
Sobre el joven la cala de manera,
Que si el ferrado leño no cruzara
De arriba á bajo en dos le dividiera:
Tajó el tronco cual junco ó tierna vara,
Y si la espada el filo no torciera,
Penetrara tan honda la herida,
Que privara al mancebo de la vida.

Viéndose el araucano pues sin maza,
No por eso amainó al furor la vela,
Antes con gran presteza de la plaza
Arrebata un pedazo de rodela;
Y al punto sin perder tiempo lo embraza,
Y como aquel que daño no recela,
Con solo el trozo de baston cortado
Aguija al enemigo confiado.

Hirióle en la cabeza, y á una mano
Saltó con lijereza y diestro brio
Hurtando el cuerpo así, que el italiano
Con la espada azotó el aire vacío:
Quiso hacedlo otra vez, mas salió en vano
Que entrando recio al punto del desvío
Fué el jinovés tan presto, que no pudo
Sino cubrirse con su roto escudo.

Echó por tierra la furiosa espada
Del defensivo escudo una gran pieza,
Bajando con rigor á la celada
Que defender no pudo la cabeza;
Hasta el casco caló la cuchillada,
Quedando el mozo atónito una pieza;
Pero en sí vuelto, viéndose tan junto
Le echó los fuertes brazos en un punto.

El bravo jinovés, que al fiero Marte
Pensara desmembrar, recio le asia:
Pero salió engañado, que en este arte
Ninguno al diestro joven escedia:
Revuélvense por una y otra parte,
El uno al pié del otro rebatia,
Intrincando las piernas y rodillas
Con diestras y engañosas zancadillas.

Don García de Mendoza no paraba,
Antes como animoso y diligente
Unas veces airado peleaba,
Otras iba esforzando allí la gente.
Tampoco Juan Remon ocioso estaba,
Que de soldado y capitán prudente
Con igual disciplina y ejercicio
Usaba en sus lugares el oficio.

Santillán y don Pedro de Navarra,
Avalos, Viezma, Cáceres, Bastida,
Galdamez, don Francisco Ponce, Ibarra,
Dando muerte defienden bien su vida.
El fator Vega y contador Segarra
Habian echado aparte una partida,
Siguiéndolos Velazquez y Cabrera,
Verdugo, Ruiz, Riberos y Ribera.

Pasáronlo pues mal al otro lado,
Segun la mucha gente que acudia,
Si don Felipe, don Simon y Prado,
Don Francisco Arias, Pardo y Alegría,
Barrios, Diego de Lira, Coronado,
Y don Juan de Pineda en compañía
Con valeroso esfuerzo combatiendo
No fueran los contrarios reprimiendo.

También acrecentaban el estrago
Florencio de Esquivel y Altamirano,
Villaroel, Morán, Vergara, Lago,
Godoy, Gonzalo Hernandez y Andicano:
Si de todos aquí mencion no hago,
No culpen la intencion, sino la mano,
Que no puede escribir lo que hacian
Tantas como allí á un tiempo combatian.

Sonaba á la sazón un gran ruido
En el otro escuadron de mediodía,
Y era que el fiero Rengo embravecido,
Llevado de su esfuerzo y valentía
Se habia por la batalla así metido
Que volver á los suyos no podía,
Y de menuda gente rodeado
Andaba muy herido y acosado.

Aunque se envuelve entre ellos de manera
Al un lado y al otro golpeando,
Que en rueda los hacia tener afuera,
Muchos en daño ajeno escarmentando:
Pero la turba acá y allá lijera
Le va por todas partes aquejando
Con tiros, palas y armas enastadas,
Como á fiera de lejos arrojadas.

Uno deja tullido y otro muerto
Sin valerles defensa ni armadura;
A quien acierta el golpe en descubierto
Del todo le deshace y desfigura,
Y el de menos efecto y mas incierto
Quebranta brazo, pierna ó coyuntura:
Vieran arneses rotos y celadas
Junto con las cabezas machucadas.

Mas aunque, como digo, combatiendo
Mostraba esfuerzo y ánimo invencible,
Le van á tanto estrecho reduciendo
Que poder escapar era imposible;
Y por mas que se esfuerza resistiendo,
Al fin era de carne, era sensible,
Y el furioso y continuo movimiento
La fuerza le ahogaba y el aliento.

Estaba ya en el suelo una rodilla,
Que aun apenas así se sustentaba,
Y la gente solícita en cuadrilla
Sin dejarle alentar le fatigaba;
Cuando de la otra parte, por la orilla
De la alta loma, Tucapel llegaba,
Haciendo con la usada y fuerte maza
Por donde quiera que iba larga plaza.

Como el toro feroz desjarretado
Cuando brama, la lengua ya sacada,
Que de la turbamulta rodeado
Procura cada cual probar su espada,
Y en esto de repente al otro lado
La cerviz yerta y frente levantada
Asoma otro famoso de Jarama,
Que deshace la junta y la derrama:

Así el famoso Rengo ya en el suelo
Hincada una rodilla combatía
En medio del monton, que sin recelo
Poco á poco cerrándole venía;
Cuando el sangriento y bravo Tucapelo,
Que por allí la grito le traía.
Viéndole así tratar sin poner duda
Rompe por el tropel á darle ayuda.

Dejó por tierra cuatro ó seis tendidos,
Que estrecha plaza y paso le dejaron,
Y los otros en círculo esparcidos
Del fatigado Rengo se arredraron,
Y contra Tucapel embravecidos
Las armas y la grito enderezaron;
Mas él daba de sí tan buen descargo
Que los hacia tener bien á lo largo.

Llegóse á Rengo, y dijo: « Aunque enemigo
Esfuerzo, esfuerzo Rengo, y ten hoy fuerte
Que el impar Tucapel está contigo,
Y no puedes tener siniestra suerte:
Que el favorable cielo y hado amigo
Te tiene aparejada mejor muerte,
Pues está cometida al brazo mio,
Si cumples á su tiempo el desafío. »

Rengo le respondió: « Si ya no fuera
Por ingrato en tal tiempo reputado,
Contigo y con mi débito cumpliera,
Que no estoy como piensas tan cansado. »
En esto mas lijero que si hubiera
Diez horas en el lecho reposado
Se puso en pié, y á nuestra gente asalta
Firme el membrudo cuerpo y la maza alta.

Tucapel replicó: « Sería bajeza,
Y cosa entre varones condenada
Acometerte, vista tu flaqueza,
Con fuerza y en sazón aventajada:
Cobra, cobra tu fuerza y entereza,
Que el tiempo llegará que esta ferrada
Te dé la pena y muerte merecida,
Como hoy te ha dado claro aquí la vida. »

No se dijeron mas, y por la vía
Los dos competidores araucanos
Haciéndose amistad y compañía
Iban, como si fueran dos hermanos:
Guardaba el uno al otro y defendía,
Y así con diligencia y prestas manos
Abriendo el escuadron gallardamente
Llegaron á juntarse con su gente.

En esto á todas partes la batalla
Andaba muy reñida y sanguinosa
Con tal furia y rigor, que no se halla
Persona sin herida ni arma ociosa:
Cubre la tierra la menuda malla,
Y en la remota Turcia cavernosa
Por fuerza arrebatados de los vientos
Hieren los dulces y ásperos acentos.

Era el rumor del uno y otro bando
Y de golpes la furia apresurada
Como ventosa y negra nube, cuando
Del vulturno ó del céfiro arrojada
Lanza una piedra súbita, dejando
La rama de sus hojas despojada,
Y los muros, los techos y tejados
Son con priesa terrible golpeados:

Pues de aquella manera y mas furiosas
Las homicidas armas descargaban,
Y con hondas heridas rigurosas
Los sanguinosos cuerpos desangraban:
El gran rumor y voces espantosas
En los vecinos montes resonaban;
El mar confuso al fiero son retrujo
De sus hinchadas olas el reflujo.

Pero la parte que á la izquierda mano
La batalla primero habia trabado,
Donde por su valor Caupolicano
Contrastaba al furor del duro hado,
A pura fuerza el escuadron cristiano,
Del contrario teson sobrepujado,
Comenzó poco á poco á perder tierra
Acia la espesa falda de la sierra.

Fué tan grande la priesa desta hora,
Y el impetu del bárbaro violento,
Que por el araucano en voz sonora
Se cantó la victoria y vencimiento.
Mas la misma fortuna burladora
Dió la vuelta á la rueda en un momento
En contra de la parte mejorada,
Barajando la suerte declarada.

Que el último escuadron donde estribaba
Nuestro postrer remedio y esperanza
Metido en el contrario peleaba,
Haciendo fiero estrago y gran matanza;
Que ni el valor de Ongolmo allí bastaba,
Ni del fuerte Lincoya la pujanza;
Ni yo basto á contar de una vez tanto,
Que es fuerza diferirlo al otro canto.

